

## RUMBO AL HORIZONTE AZUL

Palabras de presentación de Alejandro Sanz  
con motivo de la conferencia pronunciada por Álvaro de Marichalar  
en el Ateneo de Madrid.

Cuando hace unas semanas tuve la oportunidad de ver, por primera vez, el documental que acompañará a la conferencia que pronunciará don Álvaro de Marichalar en unos momentos, no sólo quedé fascinado por sus increíbles proezas como navegante en esa moto acuática de sólo dos metros y medio de eslora, que bautizó con el nombre de Numancia —“paradigma de la libertad, de la lucha y de la resistencia”, como él mismo la define—, sino por la extraordinaria fuerza interior —no sólo física— que tales aventuras exigen. Cruzar el Atlántico, el océano tenebroso, diez mil millas náuticas durante sesenta y tres días, navegando una media diaria de catorce horas, es realmente una locura, pero una de esas locuras que engrandecen tanto a quien las logra, como, en su medida, y no es exagerado, a la humanidad. El hombre descubre y evoluciona porque intenta superarse, traspasar sus límites, vencer las dificultades, consumir sus sueños. Y Álvaro de Marichalar es un soñador visceral tentado por los desafíos, que ha logrado hasta ahora, nada más y nada menos, que siete récords mundiales. En este sentido es injusto el poco reconocimiento que ha obtenido en este país. Todo el mundo —lo van a comprobar en el hermoso documental que ha escrito y producido— ha hecho significativo eco de sus hazañas, pero aquí, incomprensiblemente, no creo que lo suficiente. Por eso el Ateneo de Madrid —que de alguna forma siempre ha navegado contra corriente, desde el liberalismo y la heterodoxia más romántica— celebra que hoy nos acompañe para compartir sus experiencias y sus nuevos retos náuticos y desea que esta casa —donde, por cierto, se fundó la Liga Marítima Española— la sienta ya siempre como suya.

Decía que las proezas de nuestro ilustre navegante son una locura, pero una locura no exenta, en ocasiones, de angustia y de miedo. Él

lo ha sentido y lo ha confesado. En el mar, en medio del océano, solo en la inmensidad, si no sintiera miedo, creo que no sería de este mundo. Aunque tal vez, viendo racionalmente lo que ha hecho, no lo sea del todo.

Muchos de ustedes se preguntarán qué es lo que mueve verdaderamente a una persona a semejantes aventuras, a semejantes desafíos. Tal vez él nos lo diga hoy. Yo creo, de todas formas, que detrás de estos viajes hay un enriquecedor viaje interior que no vemos, y que contribuye a hacernos mejores porque nos revela tal y como somos. El místico busca la verdad intentando traspasar los límites de su propio cuerpo y de su propio ser, el aventurero quiere traspasar los límites del mundo y de la naturaleza para identificarse y descubrirse en ellos. Yo, en Álvaro de Marichalar no sólo veo a un excelente deportista, a un magnífico navegante, a un soñador romántico e impertérrito, sino a un hombre con un alto conocimiento de sí mismo y una fuerza de voluntad y moral inquebrantables. Cuando le escuché decir que “cualquier meta es posible si luchamos por conseguirla”, me vino rápidamente a la memoria la hazaña del ilustre explorador Ernest Shackleton y de sus 27 hombres que consiguieron –como saben– después de viajar a la deriva durante diez meses, y de perder su barco en las heladas aguas antárticas, no hundirse jamás y regresar sanos y salvos, al cabo casi de dos años de permanente lucha extrema contra la naturaleza. Su mayor peligro no fueron los hielos ni las gélidas temperaturas, sino perder la moral. Shackleton consiguió con tenacidad mantenerla viva, la de él y la de sus hombres, que lograron, si no el honor y reconocimiento que les prometió al inicio del viaje, haber pasado a la historia como ejemplo inigualable de resistencia frente a la adversidad. Las hazañas, lógicamente, no son comparables, pero sí, tal vez, la fuerza y la fe que las motiva. Lo resalto porque esto es lo que, en esencia, creo que une a estos hombres tan distintos.

En esta sociedad marcada en gran medida por la banalidad de los mediocres, no cabe duda de que el ejemplo de nuestro invitado

puede producirles envidia. Yo, viendo lo que ha hecho, no tengo más que confesarle mi más profundo respeto y admiración. Creo que estas experiencias, estas hazañas debieran conocerlas más personas de las que las conocen. Serían un buen ejemplo, no solo para los jóvenes a los que la vida se les hace imposible, precisamente por esa falta de ideales, sino para todos aquellos que quieren creer o seguir creyendo en el ser humano y en su inconmensurable fuerza de superación.

Alejandro Sanz  
Secretario del Ateneo de Madrid